

Canto a La Virgen

Caja
Mediterráneo

Caja de Ahorros
del
Sureste de España

Biblioteca Gabriel Miró
ALICANTE

Reg. 3446

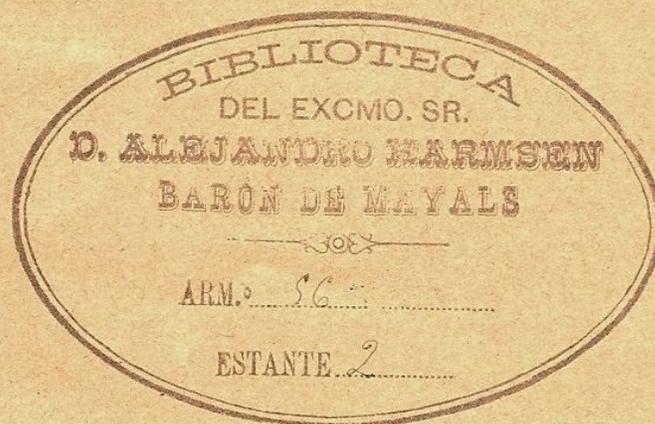
Mat. 86-1

Sig. 2-4-8

MOD. B-1

N. N.

CANTO Á LA VIRGEN MARÍA



Al distinguido y laureado poeta, amigo queridísimo
D. Alejandro Arnsen
Baron de Mayals
El Autor

CANTO

A

LA VIRGEN MARÍA

con motivo de su

AUGUSTA NATIVIDAD

POR

Don Miguel Amat y Maestre.

Madre... ruega por nosotros.



ALICANTE

IMP. DE MANUEL Y VICENTE GUIJARRO

1892

Caja Mediterráneo



CANTO Á LA VIRGEN MARÍA

con motivo de su

Augusta Natividad.



MADRE... RUEGA POR
NOSOTROS

Tú que diste, Señor, ser de la nada
A cuanto el orbe encierra;
Tú, que amoroso tiendes la mirada
Desde el cielo á la tierra;
Tú, el sólo grande y sábio,
Que haces del barro vil vaso de oro:
Abre, Señor, mi labio,
Pues hoy, cual nunca, tu favor imploro,
Para cantar en tan glorioso día,
De fé mi alma y de entusiasmo llena,
El nacimiento augusto de María,
La venturosa Virgen Nazarena
Que es tu madre mortal y madre mía.



¿La veis?... ¡Allá... en la cumbre,
En la región espléndida y serena,
¡En la ciudad de Dios! Del Sol la lumbre
Es sólo niebla oscura
Ante la luz que de su faz fulgura;
Luz á la par suave
Que ni turba ni hiera. La Alborada
Tomó todo su encanto
De su dulce sonrisa y su mirada.
Su boca al contemplar, nido de amores,
Su tez divina y nítidos cabellos,
Cierran su caliz con rubor las flores,
Y toda luz apaga sus destellos.
Cuanto anhelamos posa en su alba frente,
Verdad, bien y belleza;
Que es la misma virtud resplandeciente,
Es la misma pureza.
Las gradas de su trono los querubes
Suben, llevando nuestras pobres preces,
De incienso envueltos entre blancas nubes.
Dulces sonidos brotan á raudales
En mágico suavísimo concento,
De las ebúrneas arpas celestiales
Que el zafir abrillanta,
Y el coro de las vírgenes su gloria
Inmarcesible canta.



¡Feliz! ¡Hermosa! Sin igual victoria!
 No era la luz, ni el tiempo: ni los ástros
 Allá en el Firmamento,
 Giraban todavía...
 Y ya, en el pensamiento
 De Dios, era María.
 En la mansión primera nuestros padres,
 Tras su caída mísera, cual signo
 De amor y redención la contemplaron:
 Y los profetas, con unción divina,
 A los futuros tiempos la anunciaron;
 Y «Paz del mundo» «Estrella matutina»
 «Huerto cerrado», «Fuente cristalina»
 Y «Puerta de los cielos», la llamaron.



Y entre las turbias aguas al fin brota
 El manantial sereno y transparente,
 Entre zarzas el lirio, y tras la oscura
 Noche, la blanca luz en el oriente;
 Sonando allá en la altura:
 «Nació» la Virgen, del Señor morada,
 Sin sombra de pecado, ¡Inmaculada!
 Los siglos á los siglos sucedieron,
 Y razas y naciones
 El angélico canto repitieron:
 ¡«Inmaculada»!... Y fueron
 Vanos los gritos de ira

De la impiedad y de Luzbel la saña,
 Porque eco fiel de tantos corazones,
 Y nuncio de verdad que el mundo admira,
 También allá, en el alto Capitolio,
 El vicario de Dios, que Dios inspira,
 «¡Inmaculada!» la aclamó en su solio.



Que no bastaba fueses
 La Hija adorada del Eterno Padre,
 Del Espíritu Santo tierna esposa,
 Y de Jesús la Madre cariñosa;
 No te bastaba ser Virgen y Madre,
 Cual Isaías lo anunció en su vuelo;
 Ni Reina del Empíreo, ni del hombre
 Norte, salud y sin igual consuelo:
 Ni trono del saber, Sol de justicia,
 Y arca de nueva perdurable alianza;
 Ni de bondad prodigio y de hermosura;
 De viva fé y firmísima esperanza...
 ¡La mas humilde y alta criatura!
 No te bastaba, no; que era preciso
 Al mundo, al cielo, á tu inmortal decoro,
 Que Inmaculada fueses;
 Cual ampo de la nieve, limpia y pura,
 Alba paloma, cándida azucena,

Cristal nunca empañado, alcázar de oro,
Digno templo de Dios... ¡De gracia llena!



Feliz, feliz momento en que á la orilla
Del Ebro caudaloso,
Cual protectora estrella,
Radiante, apareciste
De Jesús al Apostol venturoso:
Por eso proclamada
De España Madre fuiste
Y en magníficos templos adorada;
Por eso desde el Ebro al mas humilde
Río, en los cristales
Se ve tu hermosa imagen retratada
Y con potente voz y sosegada
Van cantando tus glorias inmortales:
Por eso en cada casa un altar tienes
Y en cada corazón: por eso jura
El docto defenderte
El día de solemne investidura;
Y al aclamarte Pura,
Te anuncian en mi Patria, con sus sonos
Argentinos y alegres, las campanas!
Con su tronar soberbio, los cañones!



¿Dó va esa multitud? En su semblante
 La amarga huella del dolor contemplo,
 Que el mundo imprime al peregrino errante,
 ¡Más que borrar no sabe! Ved, va al Templo.
 Sobre un trono de nubes, que fulgura
 Mil torrentes de luz, gentil y bella,
 De caridad y de humildad dechado,
 Se levanta la cándida doncella,
 Madre del infeliz desamparado.



Entremos en el Templo, que allí mora
 La Virgen bella, cuyas glorias canto;
 ¡La Virgen pura, celestial señora!
 ¡Del hombre amparo! ¡del averno espanto!
 ¡Vedla sobre su trono!
 Con maternal encanto,
 Contempla entre sus brazos al Dios niño,
 Y éste... ¡que la ama tanto!
 Dulcemente le mira y con cariño,
 Y su mano tendiendo,
 Parece que anhelante
 Esté á su tierna madre bendiciendo!
 Y sonrío la paz en el semblante
 De la Virgen hermosa...
 Y son bondad sus ojos... y sus labios,
 Como entreabierta rosa,
 Al alma candorosa

Dicen más que la ciencia de los labios...
 Y es su frente espaciosa
 De los cielos Imagen ¡y destellos
 Son sus rubios cabellos
 De su luz inmortal! ¡ah! ¿contemplarte
 Quién puede sin amarte?
 Yo te contemplo y amo, Madre mía,
 Más con inmenso amor, y es ensalzarte,
 Para que te amen todos, mi alegría.
 ¡Ah! si alcanzar pudiese el dulce acento
 Del ángel el poeta,
 Cómo te cantarí ¡Judit fuerte!
 ¡Raquel bella! Ana humilde! Ester discreta!



¡Ah, mil veces feliz el que tu amparo
 Busca y mora en tu amor, Madre querida!
 Iris de eterna paz, único faro
 De este mundo en la mar embravecida!
 ¡Tú cruzaste doliente, cual el hombre,
 Por el desierto estéril de la vida!
 Por eso invoca sin cesar tu nombre
 Con entusiasmo santo;
 Que el que sabe de lágrimas y penas
 Es quien calma el dolor y seca el llanto,
 ¡No el que mira correr horas serenas!



¿Y quién, al contemplarte,
Dechado augusto, celestial María,
Quién dejará de amarte?
¿Quién dejará en el mundo de invocarte
Con este dulce nombre: ¡Madre mía!
¡Madre mía! es el grito que se escucha
Junto á la cuna, al maternal cariño;
El que repite el candoroso niño,
La púdica doncella, el noble anciano,
El pecador contrito en los altares
Y el náufrago que lucha
De la existencia en los revueltos mares;
¡Madre mía! sin tregua suspiramos,
Cuando, en el llanto y el dolor sumidos,
Tristes y solos en el mundo estamos;
¡Madre mía! es el grito de consuelo
Que el corazón exhala, cuando heridos,
De la calumnia ó la injusticia, el cielo
Nuestra inocencia mira y nuestro duelo;
¡Madre mía! clamamos
Cuando, en horrible guerra,
A lo infinito el alma, nos levanta,
Y la materia vil ata á la tierra;
¡Madre mía! murmura el que escondido
Pesar, lleva en el pecho,
Del mundo no sabido;
O gime sin cesar en triste lecho,
¡Y Madre mía! en el cruel momento,
Ante la oscura eternidad el hombre,

Es el bendito nombre
Que al aire dá con su postrer aliento.



¡Oh, Virgen inmortal! Oh, Virgen pura!
Tú has sido siempre del cristiano escudo,
Y tembló la impiedad, mas hoy cual nunca,
Alzase poderosa
Y por doquiera amenazar parece
Catástrofe espantosa.
Que el viento del orgullo avanza y crece,
Y á la razón «Dios» llama: el orbe todo
No basta á la ambición, y la impureza
Su trono tiene entre el infecto lodo.
Pero del mundo impío triunfaremos
Si Tú nos tiendes la benigna diestra;
Bajo tu dulce amparo nos ponemos;
Háblanos, te escuchamos, Madre nuestra.
Al ambicioso dile: «Soy templanza:
¿Qué te dan oro y cetros en tu mano,
Si eres sólo un puñado de ceniza
Que esparcirá mañana el viento vano?»
Al que ciega el orgullo: «Soy humilde,
Con solo tu razón vives inquieto;
No pretendas, sin Dios, saberlo todo;
¡Que es el mundo sin Él hondo secreto!»
Al que mora en el vicio: «Soy pureza:
Rompe esos tristes lazos;

No importa tu flaqueza;
 Dios es fuerte y te espera entre sus brazos.»
 Y al que vive en la fé... sosténle, Madre!
 Al que niega, su espíritu ilumina;
 Al que duda, disípale las nubes
 Por las que triste y sin timón camina;
 Y á todo el que sin paz, con loco anhelo,
 Tras la felicidad corre en la tierra,
 Dile que sólo en la virtud se encierra,
 Pero que el Sumo Bien... Solo en el Cielo.



¡Oh dulce madre nuestra!
 Ya que todo vacila y se derrumba,
 Y negra noche sobre el mundo avanza,
 Al hombre tiende tu benigna diestra,
 Que eres luz y esperanza,
 Y refugio y amor otra vez muestra.
 Sea tu dulce amparo fuerte muro
 Para nosotros en la nueva lucha
 De la fé y la impiedad.... mas no de sangre
 Ha de ser esa lucha; no la espada
 Ha de brillar en la homicida mano....
 ¡Que tu enseña es de paz! la cruz alcemos
 En vez del hierro insano;
 De abnegación y sacrificio démos
 Y de humildad ejemplo al hombre vano;
 Ante la orgía del placer morada
 Cubramos de ceniza nuestra frente

En el altar, mostrando nuestra nada;
 Firme esperanza nuestro pecho aliente,
 Y al desprecio y la injuria contestemos
 Con el perdón de nuestro amor ardiente.
 Así del mundo impío triunfaremos,
 Que el triunfo es de la fé. La España toda
 Siente en la lucha su inmortal destino
 Y el sitio del peligro busca en ella.
 ¡Guíale, Madre mía, en su camino! (1)



(1) El 7 de Octubre celebra el católico pueblo de Petrel, solemnes fiestas en honor de su Patrona la Santísima Virgen del Remedio. La Mayordomía rogó al Sr. Amat que reuniese en una composición cuantos pensamientos relativos á la Madre de Dios y Madre Nuestra, tiene esparcidos en sus odas á la Virgen, premiadas en públicos Certámenes; para repartirla el día de tan solemne festividad; y accediendo el Sr. Amat á tan honrosa solicitud, ha escrito el adjunto canto, que tenemos la satisfacción de publicar.--(*Nota del Editor.*)